



VOL: AÑO 5, NUMERO 13

FECHA: MAYO-AGOSTO 1990

TEMA: CRISIS AGRICOLA Y POLITICAS DE MODERNIZACION

TITULO: **El campesino, el centro y la periferia**

AUTOR: *Claude Faure* [*]

TRADUCTOR: Francis Mestries

SECCION: Notas y traducciones

TEXTO

La agricultura, la cuestión campesina, puede ser el punto de partida para una reflexión sobre el funcionamiento de todo el orden social en su conjunto, reflexión que a su vez arroje nuevas luces que permita reubicar, repensar a la misma agricultura.

¿Por qué puede la agricultura cumplir con este papel de "analista" del sistema social? Tal vez porque está en el margen del orden general, y el margen, cuando ya no se le considera como un apéndice o un desecho, aparece como lo que es, o sea una manifestación plena y entera, un momento de la reproducción de un orden general.

Lo peculiar de los márgenes es que son siempre el producto y el reflejo de algo otro que a menudo remite al centro, el cual se niega, paradójicamente, a reconocer su imagen en este espejo. El margen es también lo pertinente de un sistema.

Por lo demás, es por esto que la respuesta analítica más común se resume por lo general en hacer un corte tajante entre la norma y el margen, entre centro y periferia, entre el capital y el resto. La cuestión campesina entra en este juego, puesto que justamente presenta de entrada todos los aspectos de la no-modernidad, y que su peculiaridad es no ser, en principio, capital en movimiento.

Nuestra reflexión parte, pues, de la idea de que márgenes y centro son de la misma naturaleza, que la "anormalidad" es un componente del movimiento general, y que la diferenciación procede de la misma lógica del sistema social (aunque la rechace mediante su ideología primero, y el uso de la fuerza luego).

Nuestro camino es, pues, estrecho, ya que estamos siempre tentados por aplicar a la marginalidad el mismo tratamiento que a la norma, otorgando a la primera la misma autoridad que ostentaba, hasta entonces, la segunda. El otro escollo consiste en considerar lo real como una yuxtaposición/jerarquización de bloques. He ahí el defecto más común, el que justificó todos los sometimientos y reduccionismos, tanto a nivel explicativo y expositivo, como a nivel operacional, de sus "aplicaciones".

I. El campesino y el tercer mundo

La marginación económica y social casi general del campesino del Tercer Mundo es una constante histórica que toma hoy tintes dramáticos pocas veces vistos antes.

La principal paradoja del período actual es el hecho que las evoluciones en curso son probablemente irreversibles, pues resultan de la integración al mercado mundial de los hombres y espacios, y que esta integración refuerza la marginalización del mundo campesino, pero bajo normas y formas nuevas.

En efecto, la modernización de las agriculturas del tercer mundo, al igual que su no-modernización, llevan casi al mismo resultado a las masas mayoritarias del campesinado, o sea el desplazamiento forzado hacia la periferia de las ciudades y la constitución de conjuntos urbanos que sintetizan las contradicciones generadas por el capital en su desarrollo mundial.

La modernización de las agriculturas del tercer mundo, allí donde tuvo lugar, se implementó, por un lado, siguiendo un modelo productivista que entraña una drástica reducción de la población rural, y, por otro lado, en producciones para la exportación que no traen respuesta alguna a los problemas planteados por los campesinos pobres. Excluido, expulsado o simplemente imposibilitado para reproducirse al campesino no le queda sino irse a la ciudad, pero no para ser absorbido por el capitalismo industrial triunfante como en la Europa del Siglo XIX, sino sólo por ser excluido de un mundo rural que ya no puede hacerse cargo de esta fuerza de trabajo sobrante.

La puesta en circulación de mercancías destinadas al mercado nacional o internacional, y las condiciones económicas y sociales necesarias para ello, se acompañan en forma simultánea de la movilización de masas considerables de campesinos pobres hacia las ciudades.

Pero pasa lo mismo sin que haya modernización, así que parece claro que el problema radica en el contenido mismo de la modernización.

La ausencia de reformas agrarias acabadas, la apertura de los mercados locales a los productos alimenticios procedentes de los países capitalistas desarrollados, productos subsidiados y por lo tanto más baratos que los productos locales, la negación y la imposibilidad actual, dada la correlación de fuerzas políticas existentes, de reorientar la inversión hacia el campo para crear las condiciones necesarias a la fijación de los campesinos a la tierra, etc., son otros tantos obstáculos que impiden al campesino vivir en su espacio específico.

Como en Europa, pero según modalidades peculiares, el campesino del tercer mundo es desplazado hacia las ciudades que se convierten, a un ritmo nunca visto, en megalópolis monstruosas.

Si en el campo el campesino es marginado del sistema social, lo sigue siendo en la ciudad, donde sólo raras veces alcanza la categoría de asalariado.

¿Significa esto una pérdida para el capital? De ninguna manera, pues el desarrollo del mercado mundial agro-alimentario se nutre de este movimiento que acaba con las masas rurales, y a la vez lo origina.

Muchos países del tercer mundo, que eran hasta hace poco autosuficientes para su alimentación, o incluso exportadores de productos agrícolas, son hoy importadores netos. El campesino desarraigado participa así sin saberlo de la reestructuración del espacio económico del capital.

Ajeno en principio a este gigantesco movimiento cuyos efectos sólo percibe a través de su vivencia inmediata, el campesino se encuentra en realidad en el centro de esta evolución,

que lo lleva a dejar de ser del todo un campesino, pues se alejó de su comunidad y de su tierra, sin ser todavía un asalariado del capital industrial. El campesino desarraigado está como "colgado" entre dos mundos que en realidad son sólo uno. Todas las grandes ciudades del tercer mundo atestiguan por su alto crecimiento que los campesinos se encuentran en el mero centro de un sistema de dominación que sin embargo los excluye.

La ausencia de una política sistemática de fomento a la producción de alimentos básicos, la adopción de un modelo de desarrollo industrial "pesado" y de un modelo agro-exportador, para que éste financie a aquel, sólo beneficiaron a dos agentes: el capital internacional y a sus agentes locales, perjudicando a la misma clase en todas partes: el campesinado. Este esquema, si bien hoy se encuentra en un callejón sin salida, conlleva contradicciones quizás sin solución.

La clásica oposición ciudad/campo se desenvuelve cada vez más hoy en el espacio urbano mismo. Las ciudades son concretamente cercadas por millones -y mañana por decenas de millones (México-San Paulo)- de campesinos desarraigados que ya no serán más campesinos y raras veces se convertirán en asalariados.

La megalópolis del tercer mundo resume y cristaliza en cierta forma el modo de dominación del capital que se da a escala mundial, en forma única pero desigual. Y el campesino desarraigado, a priori externo y ajeno a todos los sistemas sociales, constituye de hecho el sujeto histórico de la evolución en curso. La ciudad, imagen paradigmática del "centro", desarrolla su propia periferia, tanto en términos literales como figurados.

Pensar la cuestión campesina es por lo tanto pensar el capitalismo y su modo de operar. La agricultura familiar productivista y mercantil que se impuso en los países capitalistas aparenta ser lo opuesto a las tendencias propias del tercer mundo, cuando en realidad ambas resultan de una misma lógica. Las diferencias en los efectos producidos remiten a las condiciones históricas, y no a la naturaleza misma del movimiento.

II. La producción campesina en los países capitalistas

Es en el modo de organización de la producción y de la vida social, que difiere radicalmente del modo que se impuso en todas las otras esferas, donde radica la anomalía, la extrañeza de la agricultura: su división social del trabajo, las relaciones capital/trabajo dentro de la unidad agrícola, son si no opuestas, por lo menos claramente ajenas a la ortodoxia media del cuerpo social. En otras palabras, considerada en sí misma, la agricultura no es capitalista. He aquí la excepción que en sí misma plantea interrogantes.

¿Por qué, pues, quedó fuera de la agricultura el capital? ¿Por qué el capital, tal como ocurrió para el conjunto de la producción social, no trastocó las estructuras artesanales para sustituirlas por algo más conforme a él, o sea la gran industria por lo que respecta a la forma, y las relaciones capital/trabajo en cuanto al fondo? Aún más, ¿por qué se dio un retroceso de la agricultura capitalista, que contaba (con) diez veces más obreros agrícolas a fines del siglo XIX en Francia que ahora? ¿Esta evolución de la agricultura moderna significa una autonomía propia? ¿Se trata de una marginalidad, de una excrecencia a la deriva? Y si no, que tipos de correspondencias se pueden establecer entre este espacio particular y el "resto"? Son éstas las principales preguntas que plantea, en mi opinión, la agricultura en los países capitalistas industrializados, y, más allá, la agricultura en general.

De entrada hay que excluir la hipótesis de que el capital se autoimpondría límites a su acción sobre la sociedad: el capital es, por su lógica y su estructura, "hambriento" La reproducción ampliada que no se detiene ante ningún horizonte específico es su destino.

Su campo de acción normal es el planeta, lo que no se había dado con ningún otro modo de producción anterior a él, menos por falta de vocación como por falta de medios. Con el capitalismo, se da un cambio de escala, cuantitativo y cualitativamente.

Si por consiguiente se admite -lo que parece fuera de discusión- que la necesidad del capital de apoderarse de sistemas productivos y sociales que le antecedieron es parte de su lógica propia, hay que reconocer que no siempre está en condiciones de lograrlo -y la agricultura es un caso ejemplar al respecto-, y, más precisamente, que esta sustitución de uno por otro supone resueltas una serie de condiciones que se resumen al fin de cuentas en la capacidad o no de extraer plus-trabajo sobre nuevas bases.

En efecto, el paso de la artesanía a la industria, aparte de las mutaciones técnicas que implicó se puede considerar en lo esencial como un medio para explotar más a la fuerza de trabajo ahora totalmente dependiente, bajo la forma salarial. Aquí, se llegó al punto de no retorno: capital y trabajo están frente a frente, y las condiciones de reproducción de uno como de otro son la mejor garantía de la persistencia de la brecha tajantemente abierta por el capitalismo entre el hombre y su herramienta.

Pero esta nueva organización productiva sólo se estableció debido a su eficiencia propia, traducida ante todo por costos de producción inferiores a los que imputaban los sistemas productivos anteriores, y manifiesta en la competencia de las mercancías en un mercado generalizado. Es cierto que la supremacía de un sistema social sobre otro no se reduce a la superioridad de la mercancía sobre el valor de uso; antes bien, ésta es la legitimación, objetiva, de un acto de naturaleza totalmente social.

La agricultura en el capitalismo permaneció, no obstante, con su estructura familiar, y su carácter no capitalista se acentuó con el tiempo, como ya dijimos, conforme iban desapareciendo, en la industria, al contrario, las últimas huellas de lo que hubiera podido recordar su génesis. Agricultura y capitalismo parecen así funcionar en dos polos desconectados, separados de manera irreductible, como si no pertenecieran a la misma totalidad social. Esto es de alguna manera cierto, como lo veremos: existe en efecto un mundo campesino, pero su peculiaridad radica menos en su "exterioridad" al capital como en la naturaleza de sus relaciones con éste.

Ahí está dada la dificultad de la dialéctica de la "externalidad" y de la "no externalidad". Conviene aquí definir de qué estamos hablando, y no confundir la apariencia con el fundamento mismo del movimiento.

El secreto de la agricultura familiar como forma normal está en las condiciones de su reproducción que remiten a su vez a las peculiaridades del trabajo campesino.

Para que pueda haber reproducción en el marco del capitalismo en general, el precio de mercado debe ser tal que permita, aparte de pagar los costos de producción, la valorización del capital en las condiciones medias de la época. El precio debe asegurar la reposición del capital y del trabajo, lo que equivale a reconocer que la sociedad está hondamente atravesada por la separación entre uno y otro.

Si además suponemos que todas las tierras están arrendadas, el precio del mercado ha de alcanzar un nivel tal que el terrateniente pueda también, reproducirse como clase. Como se ve, el establecimiento del precio de mercado, que se presenta de entrada como una suma de exigencias, no es sino el reflejo de una estructura de clases: asalariados, capitalistas y terratenientes. El sistema entero se bloquea si uno de estos agentes no está en condiciones de sacar de la producción la parte del valor que le corresponde

normalmente. Pero también se bloquea si otra organización productiva logra el mismo resultado, o sea producir mercancías agrícolas, a un costo más bajo.

Es el caso de la producción campesina. Por lo general, ésta no requiere, en los países capitalistas, ni renta, puesto que el campesino es propietario de su tierra, ni ganancia puesto que no es capitalista, y ni siquiera salario completo en la medida que su reproducción personal no depende totalmente del mercado, como sería el caso del asalariado urbano.

Tenemos pues, en primera instancia, la presencia de dos sistemas sociales distintos, incluso opuestos: uno fundado en una separación (capital/trabajo), cuya ausencia en el segundo resalta la originalidad de la producción campesina. Aunque la competencia entre sistemas sociales va mucho más allá de una simple comparación de precios, tenemos que hablar de precios en esta cuestión, dada la extrema importancia de la agricultura en la fijación del valor de la fuerza de trabajo para la sociedad.

Cualquier baja relativa del precio de los productos agrícolas aparece para el capital social como una oportunidad de extracción de plusvalor al trabajo asalariado que le es directamente sometido.

Lo que está en juego es, pues, crucial: el mantenimiento de una agricultura familiar es la garantía -por lo menos hasta ahora- de obtener precios agrícolas inferiores a los que se obtendrían en base a una organización capitalista de la producción, y, más allá de esto, un precio de la fuerza de trabajo también por debajo del nivel que alcanzaría con otro esquema productivo.

Los precios agrícolas son, pues, expresión, como cualquier precio por lo demás, del modo de reproducción del colectivo social. El capital puede asegurarse una ventaja a nivel del precio de la fuerza de trabajo puesto que la producción campesina es una producción no capitalista, por lo tanto tiene que permanecer fuera de la agricultura para garantizarse una valorización social media.

Se trata, pues, de una situación bastante singular. ¿Por qué, en efecto, no extender la ejemplaridad de la agricultura al conjunto de la producción industrial? Se llegaría así a la paradoja de una superioridad del capitalismo debida a la producción artesanal, dado que ésta produce a costos más bajos que aquel.

Lo que pasa es que, lo que el capital pudo obtener a nivel técnico en la industria, le es vetado al menos parcialmente, en la agricultura. Los logros tecnológicos se toparon siempre ahí con límites lo bastante estrechos, a diferencia de la industria, para que la agricultura familiar esté en condiciones de asimilarlos, reforzando así su capacidad para enfrentar cualquier nuevo avance del capital.

El desarrollo de las fuerzas productivas, que dio un salto tan grande al pasar del artesanado industrial a la gran industria, y que permitió a ésta sustituir al trabajo doméstico, se topó en la agricultura con límites infranqueables derivados de la misma naturaleza de los productos transformados. El dominio de los procesos vinculados a lo vivo surgió después del dominio de la materia inerte: la biología y la genética siguieron en el tiempo a la física.

¿Se trata sólo de una etapa transitoria, de un aplazamiento temporal? Es posible, pero lo que importa aquí es entender esta diferencia. La única peculiaridad de la agricultura es que funciona mediante un sistema social diferenciado y permanente que la ubica en los márgenes del capital, o sea fuera de la gran industria y del trabajo asalariado.

III. Circulación de mercancías y homogeneización de las relaciones sociales

Esta exterioridad de la producción campesina con respecto al resto de la sociedad es sin duda el aspecto más a menudo mencionado cuando se analiza la agricultura. De ahí se derivan un conjunto de consecuencias teóricas: la más importante consiste en hacer de la agricultura un modo de producción separado. De una forma de producción se deduce según esta hipótesis, la existencia de un modo de producción: la apariencia de un sistema social teorizado conduce progresivamente y debido a la parcialidad del enfoque, a su supuesta esencia.

Sería olvidar un momento muy determinante del proceso capitalista pero poco enfatizado: la circulación. En el capital, todo circula: los hombres y las cosas. La circulación es la esencia misma del capitalismo: la producción no tiene autonomía, esta sometida -como momento particular- al ciclo general del capital.

La historia del capitalismo puede por lo demás analizarse como la emergencia de la circulación -la "puesta en circulación" de los campesinos del Tercer Mundo lejos de sus fronteras económicas, sociales y culturales, "almacenados" en las ciudades, no hace sino confirmar este movimiento general. Pasa lo mismo con el campesino que se quedó en la tierra y se ve obligado a vender parte de su producción para pagar tal o cual impuesto. Lejos de ser un apéndice de la producción, la circulación, al contrario, organiza, administra la producción inmediata ¿De qué se trata cuando hablamos de la propiedad privada, del impuesto o de los cercados en Inglaterra, incluso de la colonización? De poner en circulación hombres y mercancías, de reestructurar los flujos tradicionales que no pasaban por el mercado (del capital).

De esta manera se podría decir, siempre y cuando el capitalismo esté implantado en espacios productivos lo bastante amplios, que la circulación socializa el conjunto de los trabajos particulares y que el capital está en condiciones de ejercer su control sobre estos trabajos en la medida en que comanda la circulación.

La circulación "igual" los trabajos humanos específicos y asegura la dominación del capital sobre ellos: he aquí la cuestión central.

Por esto el punto clave para el capital no es tanto transformar el proceso de producción, aunque esto también sea necesario, como movilizar, fuera de sus fronteras naturales, a los productos del trabajo de manera de convertirlos en mercancías. Un valor de uso que deviene en mercancía se vuelve por eso mismo cautivo de un sistema que aparenta ser externo a ella. Pero es obvio que en este caso esta exterioridad es muy relativa. La circulación es el "hilo de Ariana" de la dominación del capital. Es lo que vincula entre sí todas las formas de producción existentes. En determinado momento, el producto del trabajo humano tiene que acudir al mercado: el mecanismo que desata el movimiento es la división del trabajo. Romper la autarquía es accionar este mecanismo, luego basta dejarlo funcionar por sí solo: se reproduce puesto que hay que vender para comprar y comprar para vender, y simultáneamente especializarse por necesidad.

En estas condiciones resulta secundario que el trabajo empleado tenga el estatuto de asalariado o que conserve el de artesanal: lo importante es que el producto del trabajo cambie de estatuto: de trabajo concreto se vuelva trabajo abstracto -tal como se da en la producción capitalista- mediante la circulación de mercancías.

La circulación borra las peculiaridades de los trabajos humanos y, por eso mismo, socializa a los individuos en una misma subsunción al capital.

Para el capital no importa tanto finalmente que tal mercancía provenga de un sector industrial, y tal otra similar- de un sector no formalmente capitalista. El problema real es en realidad doble: por un lado, que esta mercancía ha de satisfacer una demanda solvente, y por otro que se convierta en un medio de valorización del capital. Si la respuesta es afirmativa en ambos casos, no hay que buscar alguna exterioridad de ningún tipo, sino todo lo contrario.

Esto nos lleva, dadas estas premisas, a un modelo del capitalismo muy diferente del que se deriva del corte modo de producción/formación social, o centro/periferia.

Si analizamos la agricultura francesa del período reciente, vemos que su integración al mercado se ha acentuado. La agricultura es mercantil casi en su totalidad: no sólo no se vende el excedente no consumido por la unidad doméstica sino que, al contrario, se tiende a autoconsumir sólo lo que no puede ser vendido. La diferencia es importante aún si en lo esencial el objetivo de las ventas se resume siempre en la voluntad de reproducir al grupo social y no de valorizar un capital "familiar" que no existe. D-M-D aún no ha suplantado M-D-M. Pero en cambio las condiciones de reproducción de M-D-M fueron profundamente transformadas por medio del mercado.

En efecto, producir para el mercado es también comprar en el mercado para producir. La evolución de los consumos intermedios, pero también de la inversión (la formación bruta de capital fijo) y de la deuda campesina, son muestras claras de esta subsunción al mercado. El mercado multiplica los efectos, y en todos los casos, el capital saca ganancia de ello.

Ya vimos que las condiciones de reproducción de la explotación familiar son muy peculiares: no hay ganancia, ni renta, y no siempre el equivalente a un salario. Esta afirmación significa simplemente que los precios agrícolas pueden bajar hasta el punto que permite la reproducción, parcial o total pero no obstante imprescindible, del sector agrícola; este límite es doble: primero, el capital debe allegarse una cantidad de mercancías agrícolas suficientes para asegurar la reproducción de la fuerza de trabajo social; segundo, el ritmo de destrucción de la agricultura familiar -o sea de su no reproducción- no debe amenazar los equilibrios sociales: la reproducción del Estado y del sistema social global son prioritarios respecto a todo lo demás.

Es precisamente en este sentido que se dice que los precios agrícolas en Europa son precios políticos. Los términos de la ecuación son: eliminar a los agricultores menos rentables, abastecerse, mantener la estabilidad social. Este último es central; si no lo fuera, Europa se aprovisionaría en el mercado mundial donde pagaría por sus alimentos por lo menos dos veces menos que comprándolos en el seno de la Comunidad Económica Europea. Por cierto, se puede notar que países que resolvieron su cuestión agraria como Gran Bretaña tienen una opinión muy diferente sobre este punto, de la de otros como Francia que están lejos de haberla resuelto.

Los precios agrícolas, en tanto que precios políticos, son por lo tanto precios de reproducción o de liquidación de un sector productivo y de un sistema social.

Sin embargo, los precios agrícolas han sufrido una disminución relativa, y la única manera que los agricultores tienen para contrarrestar esta tendencia consiste en producir más, para mantener por lo menos su ingreso monetario. Pero para producir más, es menester consumir más productos manufacturados y más capital bancario. Se ve pues, que el capital social tiene mucho interés en preservar una agricultura que produce más barato de

como lo haría el capitalismo mismo, a la vez que asegura al capital industrial y bancario, en un vasto movimiento de diferenciación, una dinámica de desarrollo excepcional.

Parece evidente que la constitución de una agricultura familiar juega un papel esencial en el inicio del proceso de desarrollo económico de un país.

Es necesario para ello crear las condiciones de su emergencia, condiciones a menudo de tipo extra-económico (barreras arancelarias, precios de garantía, asistencia técnica, etc.) Pero es precisamente lo que les es casi siempre vetado a los campesinos del Tercer Mundo. La inserción y la subsunción al mercado mundial se traduce en la destrucción de la economía campesina tradicional, sin que emerja una agricultura familiar capaz de producir para el mercado nacional. La ruptura de la economía campesina tradicional se traduce en estas condiciones en mayores importaciones de productos alimenticios por un lado, y por otro en una acentuación del éxodo rural. El campo se vacía, las ciudades se sobrepoblan y la balanza alimenticia se desequilibra cada vez más.

Nada de esto pasó en Europa obviamente: su desarrollo "autocentrado" y dominante hizo que el campesino pasara de la autarquía a la producción mercantil al mismo tiempo que el artesanado evolucionaba hacia la industria en las ciudades.

En la producción familiar, no cuenta el trabajo del campesino: si lo hiciera como se hace en la industria, no se reproduciría. El campesino pues, proporciona gratuitamente plus-trabajo a la colectividad, o sea el capital social, sin ninguna relación de coerción aparente, con la ilusión de un trabajo individual y no social. Si se quita la ganancia al capital, ya no es capital, la renta al terrateniente, éste desaparece, el salario al asalariado, es la muerte para él. Pero no para el campesino. Cuanto más lo explota el capital -con la salvedad de dejarles la posibilidad de reproducir su sistema productivo a los que se quedan-, más trabaja, más desarrolla su actividad, más ha de incrementar su productividad, más tiene que vender para poder comprar, y comprar para vender, y más pueden bajar los precios agrícolas, en términos relativos y absolutos en algunos casos. El ciclo se reproduce indefinidamente en un movimiento que asegura a cada instante la reproducción de algunos y la no-reproducción de otros, sobre la base de las relaciones económicas del capitalismo.

Es la circulación la que permite alcanzar este resultado. Mediatiza permanentemente la causa y los efectos cuando en realidad ella es su soporte constante. La circulación deja intactas las apariencias: el campesino africano o sudamericano permanece con todas sus peculiaridades, lejos de los centros urbanos, pero los productos de su trabajo recorren el mundo y su reproducción depende totalmente de ello. Pasa lo mismo con el campesino europeo, en su contexto social peculiar: bajo la forma de la propiedad privada de los medios de producción el producto de su trabajo -y él mismo por consiguiente- se ve totalmente socializado, o sea sometido a las necesidades de reproducción del capital social, vía la circulación.

La independencia formal deja así lugar a una dependencia real. El campesino occidental ya no puede vivir fuera del mercado. Su trabajo está comandado indirectamente por el capital, y una vez establecida esta relación, nadie puede escaparse de ella de manera permanente.

El movimiento general y único del capital lleva finalmente a una homogenización creciente de las relaciones sociales.

Primero, la integración de la agricultura a la economía mercantil se tradujo por una formidable transferencia de fuerza de trabajo de la agricultura hacia la industria:

numerosos jornaleros, trabajadores no remunerados, incluso productores, dejaron la tierra por la fábrica, contribuyendo así a la extensión de la dominación del capital en la producción industrial.

He aquí por cierto una paradoja muchas veces señalada: lejos de ser señal de una separación, de una marginalización de la agricultura con respecto al capital, la des-salarialización de ésta es la señal más evidente de su subsunción al capital, de su no-externalidad: se trata de un simple cambio de forma en un principio único. A su vez, se nota que la mercantilización de la producción es el soporte del conjunto de transformaciones que sufre el sector agrícola: económicas, desde luego, pero también culturales y sociales, de suerte que se va dando poco a poco una fusión entre las formas locales y el sistema general.

En suma, la puesta en circulación de las mercancías agrícolas aparece por lo tanto como el soporte de la dominación del capital sobre una fuerza de trabajo que en principio parece poder escapársele. Se puede derivar de allí que se da una socialización de los trabajos privados y de los individuos por la circulación. El producto del trabajo campesino ya no le pertenece, su gestión le es socialmente ajena, y más allá, el trabajo mismo escapa a la esfera tradicional.

Punto de concurrencia obligado de los objetos, el mercado fusiona todas las diferencias y se vuelve el tránsito ineluctable, directo o no, para que los productores logren reproducirse. He aquí el punto común entre el campesino de un país subdesarrollado y el obrero industrial, lo que obviamente no excluye las diferencias.

IV. Agricultura y capitalismo

Es ahora evidente que, en la perspectiva que hemos adoptado, la agricultura familiar no puede ser presentada como un arcaísmo, un resabio de algo anterior o exterior.

Todos los análisis concretos que se pueden hacer, aparte del análisis teórico, muestran hasta qué punto son numerosas y permanentes las interferencias entre la agricultura y el resto de la sociedad. Aún más, es imposible analizar la evolución de la agricultura fuera de sus relaciones con la industria. Un mismo movimiento activa los dos conjuntos pues se trata de una sola realidad social. Las diferencias son formales y se explican por una ilusión óptica que hace ver por un lado una forma de producción como si fuera un modo de producción, y por otro por no ver que un modo social de producción incluye y somete a las categorías preexistentes al modo de producción, dando a estas categorías un nuevo sentido específico.

La categoría de capital estructura y organiza el conjunto de las relaciones sociales: le da su unidad al conjunto del movimiento económico y social. Pero, desde luego, como cualquier categoría, la de capital puede ser entendida a diferentes niveles, y es precisamente porque se privilegió cierto nivel más que otros que se dieron alteraciones, contrasentidos que desvirtuaron el sentido profundo que tiene este concepto, y por eso mismo también el enfoque con el que se mira la realidad.

En tanto que categoría económica, el capital marca una época: la que está caracterizada por la separación radical del trabajador de sus medios de producción. Sus etapas fueron la manufactura y la gran industria. Con el capital se entra de lleno a la socialización de la producción.

Pero es también, y simultáneamente, la transformación del dinero en capital, lo que supone a su vez la presencia en el mercado de una mercancía, la fuerza de trabajo. De

allí que estemos tentados en considerar como no-capitalista cualquier producción donde la fuerza de trabajo libre no se encuentre separada de sus medios de producción.

Esto sería reducir una relación social a un solo movimiento productivo. Pero el capital es de otra naturaleza. Es la relación social que estructura e invade el conjunto del cuerpo social como unidad del proceso de producción y de circulación: la producción en tanto que momento en el que la fuerza de trabajo es consumida y el trabajo humano abstracto adopta la forma asalariada; la circulación en tanto que momento en el que los productos del trabajo adoptan la forma social de mercancía. La plusvalía resulta del movimiento global y no de uno de los dos movimientos separados.

Si consideramos el movimiento total, se ve que la autonomía de la agricultura es totalmente ficticia. Detrás de la aparente exterioridad encontramos la subsunción del trabajo al capital, o sea la valorización del primero por el segundo, como en la industria. La presencia de espacios donde la producción se organiza en forma diferente de lo que se observa en el resto de la sociedad no significa de ningún modo su no-pertenencia a un sistema general: es simplemente señal de un funcionamiento peculiar, sin más, del capitalismo en la agricultura.

Reducir el concepto de modo de producción a una categoría económica es no entender la presencia de formas variadas de organización del trabajo social, el papel del mercado como espacio de homogenización de la actividad de los hombres y de las condiciones de reproducción de la sociedad. El punto clave es entender que al fin de cuentas la producción se efectúa y opera en forma ampliada.

Concebimos la presencia de formas de la producción que no descansan en el trabajo asalariado no como una combinación o articulación sino como la expresión de un movimiento social global. La unidad de este proceso de conjunto se manifiesta en la forma mercantil y en la subsunción de los procesos peculiares de producción al capital. La diversidad no es por lo tanto la expresión de una suma de agregados sino de una realidad única.

El análisis en términos de articulación de modos de producción es del mismo orden que el dualismo, en el fondo. Capitalismo y no capitalismo se identifican a la oposición sector tradicional/sector moderno, cuando el problema es aprehender la dependencia recíproca de cada parte en un vasto movimiento de conjunto.

Volvemos así a nuestro punto de partida: no se puede pensar la periferia sin pensar el centro, pues centro y periferia son las dos caras de una misma realidad social. Querer jerarquizar, cortar, separar, articular, es olvidar el movimiento unitario. Pues, a fin de cuentas, ¿quien más que el capital se valoriza en este asunto? Nadie. Se llega así a esta paradoja propia de las teorías de la articulación de modos de producción, su incapacidad, muy comprensible, para conceptualizar lo que debería ser la relación de producción específica de este "modo exterior al capitalismo".

En el caso de la agricultura francesa, el campesino es propietario de su tierra (si no lo es, el problema no cambia en lo esencial) y no emplea trabajo externo: ¿cuáles son en estas condiciones las combinaciones de relaciones de producción autónomas posibles? Ninguna. No es capitalista porque no explota trabajo ajeno alguno; no entra en relación con un propietario de tierras. Es simplemente un artesano cuya independencia a nivel de la producción parece total. Aún cuando fuera arrendatario de su parcela, sus relaciones con el terrateniente no tendrían nada que ver con lo que fueron en el pasado feudal. Se trataría de una relación estrictamente monetaria por cierto poco remuneradora para el terrateniente.

Si consideramos en cambio el proceso global de trabajo campesino, se observa una inversión total de la autonomía señalada. El campesino se enfrenta en cada momento al capital en general, es decir al Estado, al capital bancario y al capital industrial. Se trate de producir, de invertir, de vender o de ampliarse, se topa con el Estado, los bancos y la industria, quienes determinan el trabajo y el plustrabajo campesino.

En otras palabras, hay que desprenderse a la vez de una visión reduccionista del concepto de modo de producción, y de una visión estructuralista del mundo para apreciar el movimiento real, a la vez complejo, diversificado y unitario. El movimiento global es un movimiento de destrucción/conservación bajo los auspicios de la reproducción ampliada del capital; el mundo es su campo de acción.

El énfasis puesto en la circulación como el espacio unificador de las producciones parcelarias no debe hacernos olvidar las peculiaridades que siguen existiendo plenamente. Por esto es ilusorio tratar de asimilar llanamente el campesino al obrero industrial, y el artesano al asalariado. Si fuera así, no habría cuestión agraria y campesinos.

No por ser explotado por el capital, por ser expoliado de un plustrabajo, se convierte uno en asalariado. El asalariado es el individuo jurídicamente y económicamente separado de sus medios de producción. Desde este punto de vista, en la agricultura existe un abanico vasto y complejo de posibilidades. Si la propiedad jurídica es casi siempre la regla, la dependencia económica no es tan nítida en el caso del campesino como en el caso del asalariado. Existe un margen que va de la pauperización absoluta a la reproducción ampliada. Ahora bien, tal espacio, donde se da la diferenciación del campesinado, simplemente no existe en el marco de la producción industrial.

Es por ello que es preferible hablar, socialmente, de casi-asalariamiento más bien que de asalariación en sentido estricto. La circulación no convierte al campesino en proletario, del mismo modo que la producción no hace de él un pequeño capitalista. En ambos casos, sería privilegiar un momento específico de la producción social, mientras que la peculiaridad social del agricultor radica en este desgarramiento permanente entre su estatuto jurídico y su estatuto real. Aquí, ambos no están superpuestos, dejando así un amplio espacio a los más variados tipos de situaciones concretas y, de pasada, al despliegue de discursos ideológicos.

Mientras que para garantizar su ganancia media el capital se queda fuera de la producción agrícola, el agricultor está constreñido a una acumulación que no tiene fin para preservar su autonomía, en gran parte formal, autonomía que está asegurada precisamente por la propiedad privada de los medios de producción. Resulta evidente que la propiedad actúa como cortina de humo entre el capital y el productor. Es a la vez la garantía de su libertad y la condición de su sometimiento. Conviene aquí cuestionar el famoso apego del campesino a su actividad, aún cuando obtiene de ella un ingreso bastante inferior al de los asalariados industriales. He aquí un indicio de que se trata de otra cosa que un simple modo de vida económico, es su modo de vida a secas.

En suma, la realidad social no es reductible a un conjunto de estructuras combinadas entre sí. Si el concepto de modo de producción tiene alguna validez es precisamente por ser un concepto unificador y global que da cuenta de todo lo general y particular que tiene el movimiento de reproducción de una sociedad.

De ahí que no puede haber ninguna territorialización de las luchas sociales. La contradicción pasa entre el capital, o sea el Estado o tal o cual capital peculiar, y el trabajo

que le es sometido. La forma que toma este último, es cierto, no es independiente de las formas de lucha. Pero se trata de algo muy distinto a querer asociar diferentes tipos de dominación del capital a vínculos específicos de la lucha de clases: correspondiente a la agricultura tendríamos el eje campesino-terrateniente, a la industria, el eje proletario-capitalista. Tal representación, por lo menos en Europa, no tiene fundamento. El capital arregló sus cuentas con la propiedad terrateniente en 1789 en Francia, y no dejó de reforzar su dominación sobre ella desde entonces. De tal manera que si existe un problema de la tierra, que lo hay, es de la tierra como instrumento de trabajo y no a través de una relación social.

El capital se fue apropiando poco a poco de toda la plusvalía: esto es incluso la señal más clara de su dominación que no deja lugar a la reproducción de ninguna relación que podría competir con él. La única relación de producción que se reproduce es la plus-valía. Es en este sentido que hemos introducido la distinción entre los conceptos de subsunción real y subsunción formal.

V. Subsunción y diferenciación

La situación que lleva a la explotación del productor directo por el capital aún cuando éste no invade directamente la producción, y que reproduce de manera estable esta relación, es la subsunción formal del trabajo al capital.

Es cierto que la subsunción así definida es diferente de la que presenta Marx. Es diferente por dos razones. La primera es que, para Marx, la subsunción formal corresponde a un proceso de producción ya capitalista puesto que el capital, en esta fase, ya invadió la producción, lo que no es el caso de la agricultura. El uso que hacemos de este concepto en el caso que nos ocupa excluye precisamente esta situación.

En segundo lugar, y esto parece más importante, la subsunción formal es para Marx una forma tradicional de producción de plus-valía (la plusvalía absoluta) que debe conducir a una forma más elaborada, conforme al modo específicamente capitalista de producción, que pasa por la subsunción real del trabajo al capital basada en adelante sobre la plusvalía relativa. Esta distinción, de carácter didáctico para Marx, tiene la ventaja de mostrar que lo que tienen en común estas dos formas de subsunción, es ser signo de la explotación de la fuerza de trabajo, y en consecuencia el medio de la reproducción ampliada del capital.

Sin embargo, lo esencial radica en que la subsunción formal y subsunción real del trabajo al capital, tal como Marx utiliza estos conceptos, se presentan como las únicas formas posibles de extorsión de plus-valía, formas que deben sucederse en el tiempo, lo que excluye, por eso mismo, cualquier forma de explotación duradera sobre la base de una producción que el capital no haya absorbido directamente.

Pues a final de cuentas, es siempre posible afirmar que los campesinos son absolutamente dependientes de las firmas agroalimenticias y de los bancos, pero tal observación deja sin respuesta la cuestión central: ¿por qué es precisamente en la agricultura donde el capital opta por permanecer fuera de la producción? ¿Por qué no se apodera directamente de las exportaciones agrícolas? Hay aquí una peculiaridad distinta de la industria que los conceptos de subsunción real y formal en su acepción corriente no permite entender. Vale decir que no se trata de una situación idéntica, aún cuando sus efectos son similares.

En otras palabras, la teoría de la subsunción formal según Marx analiza el problema a partir del momento en que el capital entra directamente en la producción, pero no dice

nada sobre la situación de un sector productivo que, sin ser directamente invadido por el capital, le permite sin embargo valorizarse mediante la explotación de los productores que laboran en él. Parecería que en la teoría de Marx tal situación no pudiera reproducirse durablemente.

Esto nos lleva a considerar a la subsunción formal en Marx como una subsunción formal de transición, y a mantener el concepto de subsunción formal en tanto que tal como el concepto central que da cuenta de la producción de plusvalía en condiciones en que el capital no ha tomado posesión del proceso de producción.

La subsunción formal así definida tiene un doble interés: por un lado, da cuenta de lo que es más general y más central en el capitalismo, o sea el constreñimiento al plus-trabajo; por otro lado, da cuenta de las modalidades peculiares de ejercicio de éste, que funcionan gracias a la circulación de mercancías. Pero no cabe duda que comparado con los efectos que resultan de tal situación, el hecho de que se trate de subsunción cuenta más que su aspecto formal, puesto que detrás de la subsunción siempre hay una unidad común.

La relación de producción central de la subsunción es, en estas condiciones, la misma que la que caracteriza fundamentalmente el modo de producción capitalista: la plus-valía. En otras palabras, la subsunción formal no se presenta de ningún modo como exterior al capital y adscrita a una lógica otra (de otro modo de producción) pero simplemente como una forma peculiar de funcionamiento de una misma relación social de producción única.

El desarrollo de las fuerzas productivas en la agricultura da perfectamente cuenta de esta situación. ¿De dónde proviene el extraordinario desarrollo tecnológico de la agricultura desde la segunda guerra mundial?. Precisamente de la subsunción de los productores, quienes vía la venta de sus mercancías sólo obtienen una fracción del valor, y por ello se ven constreñidos, para lograr reproducirse en mejores e incluso en iguales condiciones, a sustituir constantemente "capital variable" por "capital constante". No se explicaría esta carrera entre productividad e ingreso si el campesino estuviera en situación de conservar la "utilidad" de sus nuevas inversiones, si no fuera permanentemente expoliado y por lo tanto constreñido a seguir siempre modernizándose.

El principal beneficiario de este movimiento es el mismo que lo causa: el capital. Y los campesinos lo saben muy bien, ya que deben acumular y endeudarse cada vez más para sobrevivir (el campesino vive pobre y muere rico, reza el refrán). Por esa vía el capital extiende su mercado interno considerablemente. Por ello también los precios relativos de los bienes agrícolas disminuyen constantemente y las condiciones de reproducción del conjunto de la fuerza de trabajo se modifican en un sentido que favorece al capital. En otras palabras, esta forma peculiar de explotación del trabajo campesino, que sólo el mantenimiento de una agricultura familiar, hace posible, permite acentuar la explotación del conjunto de la fuerza de trabajo puesta a trabajar por el capital.

Se entiende así que la "modernización" de la agricultura europea sea un objetivo en sí mismo para la burguesía europea. El Mercado Común Agrícola fue creado en esta perspectiva, y ha logrado en gran medida su propósito, a pesar de múltiples contradicciones internas. En fin, el desarrollo de las fuerzas productivas es la condición misma para captar la mayor parte posible del valor socialmente disponible. Que este desarrollo lleva a que la agricultura sólo pueda reproducir su fuerza de trabajo (y esto muy parcialmente) es un punto que finalmente no hace sino confirmar la omnipresencia del capital en el conjunto del proceso social de producción.

Se trata, no hay que olvidarlo, de una tendencia general y dentro de ésta se da una gran variedad de situaciones peculiares.

Importa entender desde este punto de vista que la agricultura funciona como la industria: el movimiento general hacia la acumulación es una espiral que genera simultáneamente riqueza y miseria en sus dos polos, como condición y efecto del movimiento mismo. No existe pues un nivel de acumulación que garantice en forma absoluta la reproducción: cuando mucho existe un nivel medio que se desplaza permanentemente hacia "arriba". Las condiciones medias de hoy serán infra-sociales mañana.

Ahí radica el carácter ideológico de un desarrollo homogéneo de la agricultura y de un posible equilibrio entre industria y agricultura, ideología ampliamente difundida por el Estado y los aparatos sindicales: modernizarse para sobrevivir. De hecho, la modernización asegura una sobrevivencia temporal y por lo tanto parcial, mientras los más están condenados a la proletarización a corto o largo plazo.

Si tres vacas y algunas hectáreas permitían vivir a principios de siglo, hoy se necesitan entre 30 y 50 vacas, y 70 mañana. Cada época crea su diferenciación, llevando a la fracción del campesinado que no produce en condiciones sociales medias a cambiar de sector de actividad.

La acumulación no es pues en sí una garantía absoluta de reproducción: lo que cuenta es más bien el ritmo y las condiciones de esta acumulación. Luego, la diferenciación del campesinado es una cuestión compleja que no puede ser tratada en función de un sólo criterio, y que nos remite en el fondo a la estructura de la sociedad. Uno de los mayores intereses del concepto de subsunción formal es que supone un espacio de fluctuación que permite en algunos casos la reproducción del trabajo campesino, y en otros no. Pero, otra vez, los determinantes de ello son múltiples: auto-acumulación, ingreso externo, auto-consumo, tipo de reproducción, nivel de endeudamiento, localización geográfica, no son sino elementos del movimiento general.

CITAS:

[*] Economista agrícola francés, profesor de la Universidad de París VIII- Saint-Denis. Ha publicado en México: Agricultura y Capitalismo (Terra Nova), La producción campesina y la explotación capitalista (Rev. Antropología y Marxismo, No. 2) y en Francia Les paysans dans la production capitaliste, Dept. de Sciences Economiques, Univ. París VIII, Francia, y otros trabajos.

Este texto se presentó en el coloquio "¿Vers quel nouvel ordre mondial?", Dep. de Economía Política, Univ. VIII-St Denis, sept. 1983 (mesa 12).

Traducido por Francis Mestries profesor investigador de la UAM-A, Depto. de Sociología.